

¿CRISIS DEL EMPLEO O CRISIS DEL TRABAJO?

Pbro. Alfonso Baeza Donoso.
Vicario de Pastoral Social
Santiago de Chile
abaeza@iglesia.cl

En primer lugar quisiera agradecer a ICALA la invitación que me han cursado de participar en este seminario Internacional, pero sobretodo la alegría que me provoca el que nos reunamos a reflexionar sobre un tema que, sin duda, es central para la construcción de una sociedad más justa y solidaria, como es la centralidad del trabajo humano. Como ha dicho Juan Pablo II en *Laborem Excercens*, el trabajo constituye una dimensión fundamental del ser humano y, aunque la forma vaya cambiando del trabajo artesanal, al industrial o a la llamada nueva economía, no cambia el que el trabajo constituye una dimensión fundamental, más aún, “el trabajo humano es *una clave*, quizá *la clave esencial*, de toda la cuestión social, si tratamos de verla verdaderamente desde el punto de vista del bien del hombre” (LE, 3).

Tampoco cambia lo central de nuestra lucha, aunque cambie el escenario en que ésta se da. Hemos pasado de la explotación a la exclusión social, constituyendo una “sociedad de la exclusión”, en la que son excluidos jóvenes, adultos mayores, migrantes. Y así como muchos son excluidos del empleo, muchos que logran tenerlo son excluidos de un empleo de calidad. En Chile, país que para muchos constituye un ejemplo en América Latina, la OIT ha señalado que sólo un 32 % posee lo que se califica como un “trabajo decente”.

Hoy la pregunta es: ¿está en crisis el empleo o está en crisis el trabajo? En otras palabras, ¿estamos en una coyuntura en que falta empleo para algunos, pero como toda coyuntura esto tenderá a cambiar o, más bien, estamos experimentando un cambio profundo en el sentido del trabajo?

Sin tener la respuesta a estos dilemas, me atrevo a afirmar que lo que está en cuestión no es el sentido del trabajo humano, sino el modelo de sociedad a que nos ha llevado este capitalismo exacerbado, “salvaje, dice Juan Pablo II, que provoca una distancia cada vez mayor entre quienes poseen demasiado, frente a quienes no tienen a veces ni lo mínimo para sobrevivir.

En este modelo, en el cual el centro está en el tener y no en el ser, el trabajo parece perder el sentido, pues lo importante es el consumo, es decir lo que podemos obtener con el producto del trabajo que es el dinero, y no la realización del ser humano, para la cual es

clave el proceso mismo del trabajo. Como señala Juan Pablo II en S.R.S., esta inversión de prioridades hace que en el capitalismo extremo aún esté vigente el proceso de la alienación que Marx describiera desde una perspectiva filosófica materialista en el s. XIX. Sin duda, la alienación no podrá ser superada sin un cambio en el orden social que lleve al trabajo y al respeto a los derechos del trabajador al lugar de centralidad que corresponde.

Desde esta perspectiva podemos afirmar que el mundo no sufre hoy de falta de riqueza, sino de una mala distribución de esa riqueza. Como afirmara en su momento Pablo VI ante las Naciones Unidas, lo que falta no es el pan, sino agrandar la mesa para que todos puedan sentarse. El mundo no sufre hoy de falta de oportunidades de trabajo para que todos puedan desarrollar su vocación de cocreadores, sino que sufre del desorden que implica una sociedad ordenada exclusivamente por el mercado; desorden en que algunos trabajan hasta doce horas, mientras otros no encuentran empleo; desorden en que algunos son obligados a trabajar sábados y domingos, mientras los jóvenes no pueden adquirir la experiencia en un empleo; desorden en el que se permite que si Ud. entra en una gran multitienda chilena (la que ha abierto sucursales también aquí en Argentina) en el mismo local que la cobija se pueden encontrar hasta 38 personalidades jurídicas diversas, lo que por cierto no está pensado para defender los derechos de los trabajadores, sino resulta todo lo contrario.(el sistema de outsourcing)

Uno de los fenómenos que más interrogantes nos presenta frente al sentido del trabajo es la globalización. La globalización ciertamente acelera el proceso de creación de riqueza y es algo que hemos podido observar en toda Latinoamérica, pero a la vez la globalización profundiza enormemente las diferencias y la desigualdad, creando distancias abismantes entre quienes poseen los últimos adelantos tecnológicos y quienes apenas pueden supervivir.

Como nunca antes en nuestra historia, la creación de riqueza se ha vinculado al conocimiento y esto da una oportunidad para multiplicar el ingreso de quienes ocupan sitios privilegiados en la escala social, tomando gran distancia de quienes realizan un trabajo sin ninguna calificación. A la vez, este trabajo creativo que puede ser fuente de gran realización personal, genera múltiples ocasiones de nuevos negocios y de grandes avances.

Ustedes recordarán la película "Tiempos Modernos", en la que Chaplin caracteriza a un obrero que aprieta tuercas todo el día y cuando sale de la fábrica al final de la jornada, camina por la calle repitiendo el ademán de apretar tuercas con su llave. Es la caricatura efectiva de un trabajo monótono y poco creativo, aparentemente tan alejado de la imagen de Laborem Exercens sobre el hombre como continuador de la obra creadora de Dios.

Hoy en día las múltiples tecnologías nos ofrecen la posibilidad de estar conectados permanentemente. De trabajar por internet desde nuestros hogares, de realizar grandes transacciones de dinero y tener jugosas ganancias en minutos o simplemente de realizar un

trabajo de alta creatividad y sentirnos realizados. Y, sin embargo, la caricatura de Chaplin sigue siendo plenamente válida, lo que muestra la gran distancia que existe hoy entre estos mundos, distancia que se expresa económica, cultural y socialmente.

En otros momentos de nuestra historia estuvo claro que la primacía en la creación de riqueza estaba en el trabajo humano, pero hoy corremos el riesgo de creer que la primacía está en el capital financiero el que no se expresa tanto en máquinas pesadas, sino en informática. Es la fantasía de creer que las personas no son lo importante, de creer que se puede poner todo tipo de cortapisas a los derechos de los trabajadores y al derecho de la movilidad de las personas, pero que no se puede poner ninguna cortapisa al capital y a la movilidad internacional de ese capital.

La globalización nos lleva a enfrentar múltiples retos que están configurando un nuevo mapa de América latina. Uno de ellos es la migración, que ha convertido a Sao Paulo o Buenos Aires en las ciudades que tienen más paraguayos después de Asunción; que ha convertido a Ecuador y Perú en un país de diáspora, que nos muestra a miles de peruanos en el centro de la ciudad de Santiago. La gran mayoría de estos migrantes llega a hacerse parte de la fuerza de trabajo, muchas veces en condiciones de ilegalidad lo que les deja indefensos ante la explotación y la indefensión de seguridad social, convirtiéndose en mano de obra barata que compite con los pobres de los países receptores, situación que se presta de caldo de cultivo para la xenofobia y trasnochados patrioterismos.

Junto a estos retos, deberemos enfrentar muchos otros, como por ejemplo, la longevidad creciente que lleva a mucha gente a no querer jubilar, tanto por la pésima pensión que recibirá, como por el deseo de continuar siendo útil a la sociedad y a su familia. ¿No hay acaso tareas que puedan desarrollar eficientemente los adultos mayores? O el desafío de poder contar con un sistema escolar y pre-escolar que permita efectivamente a la mujer, madre de hijos pequeños, el integrarse en el mercado laboral, incluso a tiempo parcial si ella lo desea. O aumentar la oferta cultural, los talleres folclóricos, el cine latinoamericano, la creación musical.

Todos estos desafíos pueden sonar utópicos, pero nunca antes en nuestra historia hubo tanta riqueza y condiciones materiales para realizarlo como hoy. Rescatando la expresión de Pablo VI, el problema real no es -falta de pan, sino voluntad política para hacer espacio a todos en la mesa. "Otro mundo es posible", se dice hoy. Por cierto que es posible, existen los recursos, pero debemos construir la voluntad política de poner un mínimo orden al caos del capitalismo extremo, orden que se consigue dando al trabajo la centralidad que le corresponde.